

# **EL PUEBLO SIN SABER DE QUE SE TRATA**

EN JUNIO de 1820 se sucedieron tres gobernadores de Buenos Aires. En junio de 1970 tres presidentes: Onganía, la Junta y Levingston. El país celebra el SESQUICENTENARIO de Belgrano presenciando el cambio con la misma indiferencia de entonces. Por primera vez en nuestra historia, un ciudadano prácticamente desconocido para el pueblo pasa a ocupar la presidencia. Como por arte de magia surgió un nombre que desmintió todas las predicciones salvo la de una azafata.

Como en 1810, el pueblo quiere saber de qué se trata. El 8 de junio golpeó la puerta de los cabildeos para suplicar, al menos, que no se sacrificara a sus hijos enrolados, por un problema de desviación doctrinal de la

“revolución argentina”. Dirimir las diferencias políticas por las armas constituye un resabio de la caballería feudal, método anacrónico y un tanto pintoresco como el del duelo.

Al iniciarse un enfrentamiento militar, con profusión de comunicados y desplazamientos de tropas, el pueblo sólo desea que las fuerzas estén muy desequilibradas, a favor de cualquiera. El bando que contabiliza menos regimientos debe saber inclinar el rey. Es lo que hizo Onganía. El, además, no iba a permitir que el Regimiento de Granaderos a Caballo fuera derrotado por primera vez en su historia.

Juan Carlos Onganía restableció la imagen presidencial, tan deteriorada



GRANADEROS en ropas de fajina, ocupan la Casa Rosada el día 8 de junio.

en las últimas décadas. No admitió planteos y murió en su propia ley. Frondizi los admitió y duró unos pocos días menos; asimiló treinta golpes y terminó confiando en su buena estrella, sin advertir que ésta palidecía por una entrevista secreta con el "Che" Guevara. La desaparición de Aramburu también hizo palidecer la estrella de Onganía. No fue la causa, sólo una ocasión; pero tal vez sin este hecho no habría tenido que enfrentar a unas Fuerzas Armadas en estado de conmoción.

Con la elección de nuevo presidente ha sufrido deterioro la imagen de la primera magistratura; y esto por la forma, no por la persona elegida, de quien poco se puede aún decir. Onganía no dejó dudas de que él era el

presidente. Aunque nacido de un golpe de fuerza, se sintió representante del pueblo. La presencia de dirigentes gremiales en el acto de su juramento hizo pensar a muchos en una especie de plebiscito tácito. Levingston no es presidente ni podrá serlo en el sentido tradicional del término que pretendiera restituir Onganía. No podrá perder el carácter de "ministro", es decir, que ejecuta los proyectos de otro. En cierto modo, y en forma más explícita, hemos retornado a la imagen presidencial del tiempo de Guido. Tal vez sería más adecuado designar al Gral. Levingston como "Primer Ministro" y no como presidente.

Los términos de nuestra democracia tradicional se han tornado cada vez más ambiguos. Entre la estructura y la realidad ha mediado mucha distancia. Que las palabras pierdan su sentido, es un problema del lenguaje. Pero que las instituciones se vacíen de sentido es el dilema de nuestro futuro. El pueblo se ha vuelto indiferente al término "elecciones" porque no sabe qué significan; mejor dicho, no cree que puedan significar otra cosa que elecciones digitadas. No en las urnas, como presenciaron nuestros abuelos, sino en la conducción política preelectoral, como vimos en el '63. De ahí que la promesa de elecciones, hecha por la Junta de Comandantes, resbale en los oídos del pueblo. Tal vez eso lo comprendió Onganía y prefirió diferir el proceso a defraudar nuevamente al pueblo. Se transformó así en el noble conductor de una cruzada imposible.

Que un gobierno haya nacido de una revolución armada y que concentre en sí la suma del poder público, es algo que pertenece aún a la estructura formal de la vida política. El fondo de la cuestión radica en la representatividad real y en la participación popular. El presidente Illia fue consagrado en las urnas, pero su representatividad real era insuficiente; gobernó exclusivamente con hombres de su partido, lo cual agudizó



la crisis de participación. De Onganía se esperó que lograría canalizar la participación popular; cuatro años no le bastaron, por insuficiencia de medios o por carencia de la extraordinaria habilidad política que requería el momento.

En la presidencia Aramburu se reestablecieron los partidos políticos (no peronistas) y se hizo tabla rasa con los gremios. En la presidencia Onganía, por el contrario, fueron arrasados los partidos políticos y se conservó la organización gremial. De este modo, al no poder canalizarse la inquietud política por los partidos lo hizo por los gremios, especialmente el movimiento peronista. Sin haberlo pretendido, Onganía politizó a los gremios, con lo cual los desvirtuó y los incapacitó para una real participación. Lo único que podía ya lograr eran magros resultados de un gremialismo oficialista. Con el fracaso del gremialismo autónomo y específico hemos retornado a fojas cero, al gremialismo político del tiempo de Perón. Tal vez la rumoreada capacidad de contactos gremiales del nuevo presidente encuentre una salida al atolladero.

El pueblo quiere saber de qué se trata y qué se piensa hacer con él. No le interesa más Onganía que Levings-ton si no sabe a dónde va, mejor dicho, a dónde lo quiere llevar. Nuestra revolución de mayo nació con un cabildo abierto. Ahora sólo llegan rumores de cabildeos. Onganía fue expulsado por gestar un plan de participación que requería más tiempo que la confección de padrones. El pueblo vio cómo lo sacaban sin haber podido opinar sobre el "plan", sin conocerlo siquiera bien. Ahora se prepara otro plan como se organiza una guerra, con mucha estrategia. Pero hasta el general más hábil irá a la derrota si le falta el entusiasmo de sus soldados. Y la apatía del pueblo está condenando al fracaso a todos los planes de salida política.

En el fondo, el problema está más allá de la salida política o de la apariencia de constitucionalidad. Como expresó vigorosamente la Comisión ejecutiva del episcopado (Monseñores Tortolo, Primatesta y Plaza), "la opresión ejercida por los grupos de poder puede dar la impresión de mantener la paz y el orden; pero en realidad no es sino germen de rebeldía. La paz sólo se obtiene creando un orden nuevo, que comporta una justicia más perfecta. De lo contrario no debe extrañarnos la violencia".

Un gobierno, integrado por los mejores técnicos pero desconectado del pueblo tampoco podrá sacar al país adelante. Como se expresa el mismo documento, "es deber de los poderes públicos establecer una efectiva y real comunicación entre gobernantes y gobernados, a fin de que las inquietudes, necesidades y aspiraciones de todos, especialmente de los más necesitados, tengan adecuada atención y pronta respuesta".

La marginación de importantes sectores del pueblo argentino en base a antagonismos y revanchismos constituye un pseudoesquema que nuestra juventud, como la europea de postguerra, se niega a aceptar. Las siguientes palabras de nuestros obispos adquieren un sentido premonitorio: "Se hace necesario la formación de una comunidad nacional sólidamente estructurada, donde toda la población, pero muy especialmente las clases populares tengan, a través de estructuras territoriales y funcionales, una participación receptiva y activa, creadora y decisiva, en la construcción de una nueva sociedad".

Quiera Dios que los Comandantes en Jefe y el Presidente encuentren tiempo suficiente para meditar sobre las graves responsabilidades que han contraído. ♦

## LA DIRECCION